

NOTAS ESCÉPTICAS SOBRE LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Javier Ponce*

Es curioso. O tal vez no es curioso. Sigue ocurriendo como hace unos pocos siglos. Dije curioso porque todo nació de una curiosidad y de una ambición. El diccionario define a la curiosidad como un vicio que nos lleva a observar, a veces con impertinencia, lo que no debiera importarnos. “La curiosidad de lo ajeno ha sido en los últimos cinco siglos rasgo netamente europeo”, escribe Juan Goytisolo.

Y la curiosidad ha llevado a sostener que lo que ocurrió en 1492 fue un descubrimiento. Entiendo por qué lo llamamos “descubrimiento”, porque no fue un encuentro. Distó mucho de ser un encuentro. Fue una curiosidad, una impertinencia, que después se convirtió en la fuente del despegue económico europeo.



Allí ya comenzó lo que hoy comentamos: el descubrimiento primero, el dominio después, los afanes científicos en el siglo XIX, y por último, la cooperación, que sigue girando en torno a lo mismo: cómo miro

al otro, en qué medida se asemeja a mí mismo, y sino, qué se puede hacer para modificarlo. Finalmente, se ha conseguido bastante. Norte y Sur ya somos, en términos generales, occidentales.

Pero lo somos de distinta manera. Los del Norte en un proceso continuo, incluidas las rupturas en su seno. Los del Sur, por la vía de la hibridación. La dificultad radica, para nosotros, cuando los criterios de una cultura occidental bastante pura -y digo bastante porque sus impurezas se fueron asumiendo y confundién-

* Escritor, editorialista, miembro del Comité Ecuménico de Proyectos-Quito.

dose en un proceso continuo- se intenta aplicarlos en un escenario de hibridaciones violentas, marcadas por el signo de la dominación.

El conflicto de la relación con el “otro” sigue estando en el corazón de la cooperación internacional. Pero tal como comenzaron las cosas, continúan siendo. Son producto de un malentendido. Charles Baudelaire hablaba en el siglo XIX que el mundo sólo se mueve por el malentendido universal; por el malentendido, todo el mundo se pone de acuerdo. Porque si por desgracia todo el mundo se comprendiera, no podría entenderse jamás”. Y mucho antes de Baudelaire, Gracián ya afirmaba que “este mundo se concierta de desconciertos”. Y cada vez que me siento en una mesa a discutir un programa de cooperación, ya sea con la Comisión Europea o con una ONG de Europa, tengo la sensación de sentarme a desarrollar un malentendido y a desembocar en un acuerdo, con la plena convicción, los unos y los otros, de que hemos fraguado un engaño para que el malentendido sobreviva y sigamos comprendiéndonos y cooperando; que hemos concertado un programa para que permanezca el desconcierto.

Sin embargo, el modo cómo nos relacionamos con el otro, es el que, finalmente, define los términos de un encuentro.

Tzvetan Todorov, en su extraordinaria historia de la Conquista de América, habla de que ésta fue posible porque los conquistadores dominaban el arte del conflicto y del lenguaje, de la negociación y el diálogo para interpretar al otro de manera de dominarlo, una dialéctica para derrotar al otro, mientras los pueblos indios se orientaban por los signos, los presagios, los destinos que el hombre no podía modificar. Y el producto fue una relación de dominación que ha tomado otras formas, absolutamente distintas, pero que persiste como tal. Y que se expresa en la cooperación internacional. Si no, podemos preguntarle a un latinoamericano, cuándo comenzamos a preocuparnos por la temática de género, de medio ambiente, de sociedad civil; por último, quién se inventó los Objetivos del Milenio.

Paco Rhon se preguntaba un día ¿quién ha definido que éste es el desarrollo que debemos vivir y ésta la democracia capitalista que nos corresponde? Todo al final es producto de la colonialidad del poder.

Y agregaba Paco Rhon: “en un momento, vivimos la cara más amable de esa colonialidad, mientras hoy, estamos viviendo una más real. Una lógica colonial radicalizada que posee un sujeto: el más pobre”.

Ese es el rostro que tiene ahora la cooperación internacional en virtud de una derechización de los países del Norte. Reducir la amenaza de la pobreza, reducir la amenaza del desorden político a nombre de la llamada “gobernanza”, un término extraño para determinar la necesidad de que nuestros países no hagan olas, no alteren los frágiles términos del equilibrio determinado por las potencias del Norte.

Y las gentes del Sur hemos aprendido a apropiarnos hipócritamente de los discursos del Norte, para evadirlos, o para medrar de ellos. Por allí me encontré hace unos días con un cuaderno recientemente publicado por una secretaría ecuatoriana, bastante fantasma, dedicada a los Objetivos del Milenio, un cuaderno editado con un lujo de impresión desproporcionado y delirante, gracias a los aportes de varias cooperaciones europeas, que nos harían pensar que estamos extraordinariamente orgullosos de los Objetivos del Milenio, y que casi casi se podría decir que nosotros los acuñamos. Mientras tanto, la pobreza y la exclusión en el Ecuador no han dado un solo paso atrás y los llamados Objetivos el Milenio se van a ir, cuando se cumplan en el 2012, “vivos al chiquero”, para parafrasear el lenguaje taurino.

Tal vez hemos comprendido que nos va mejor cuando satisfacemos la versión que el otro tiene de nosotros. A veces, esta curiosa versión de la dominación, la hemos leído con rabia, con disgusto, pero también con humor. Con rabia la leyó en los años cincuenta y sesenta Frantz Fanon; escuchemos sus palabras:

“Cuando escuchamos a un jefe de estado europeo declarar, la mano en el corazón, que es necesario acudir en ayuda de los pueblo miserables y subdesarrollados, nosotros, no nos conmovemos en agradecimiento. Al contrario, nos decimos es la justa reparación a lo que ustedes han hecho. Por tanto no aceptaremos que la ayuda a los países subdesarrollados sea un programa de hermanas de la caridad”. En cambio, en el campo del humor, el colombiano Germán Arciniegas nos cuenta que, en su afán por poner punto final a la curiosidad europea, acabó haciéndose célebre entre los huéspedes de una pensión de Londres, pues afirmaba que el hábito de sentarse en los brazos de los sillones se originaba en la costumbre de su país de recibir las visitas en las ramas de los árboles.

Rabia o ironía, resignación o comodidad, folklorismo o victimización, son versiones del modo cómo el Sur responde a la curiosidad del Norte.

Si el descrito es el ámbito de cómo se relacionan y se desencuentran los países, otro tanto va a ocurrir con la cooperación internacional, protagonizada por voluntarios y cooperantes, en el marco de un escenario confuso, equívoco. Vienen al país marcados por una agenda, portadores de una agenda. Van a aplicar un programa de desarrollo predeterminado y su sola presencia encarna la amenaza de una forma de poder, que algunos de ellos sabrán soslayarlo, pero que otros lo asumirán en calidad de redentores de los pobres. En veinte años de relación con la cooperación, he presenciado historias muy diversas. Desde aquellos voluntarios originarios de los movimientos de la izquierda europea que buscan en nuestros países el escenario para la revolución que se asfixió en sus países, hasta los que han alcanzado, es necesario reconocerlo, un importante nivel de sinergia con los movimientos sociales del país. Otros no se integraron de ninguna manera y vivieron un gueto marcado por la incompreensión (al fin y al cabo, la sociedad que los recibió no respondía a sus hábitos de comportamiento, a sus modelos de racionalidad, a sus lógicas europeas).

A horcajadas de estas diversas posturas, buena parte de quienes llegaron, desentendieron el universo

cultural al que llegaban. Interpretaron con desaliento las supuestas consecuencias de parte de aquellos a los que vinieron a rescatar de la pobreza. Se sintieron con frecuencia traicionados. No entendieron que era imposible pedir que fueran tratados como iguales en un mundo en el que la regla general es la desigualdad originada en la raza, en el origen, en el color de la piel, en los lazos coloniales. Finalmente, no entendieron una cultura sustentada en el soslayo, en el ocultamiento, en el disfraz, necesarios entre los pobres para defenderse durante siglos como pueblos y como culturas. Algunos, sin entender el mundo al que llegaron, se convirtieron a su vuelta a Europa, y por arte de birlibirloque, en expertos conocedores de América Latina, se pensaron a sí mismos mucho más consistentes y sistemáticos que los propios latinoamericanos, porque frente al imaginario desordenado de éstos, ellos aplicaban categorías exactas, herméticas, indiscutibles. Son los que finalmente, en los ministerios y las ONG's europeas decretan qué se ha de hacer, a dónde se ha de acudir, con qué programas y para alcanzar qué impactos. Se dividen entre ellos los países, y dentro de los países se reparten las regiones o seleccionan aquellas que mejor se ajustan a sus objetivos estratégicos. Ya estoy acos-

tumbrado a que, aquellos que privilegiaban el mito ecológico, acaben desde sus sedes europeas escogiendo Esmeraldas o la Amazonía como sus cuarteles de verano.

Por otra parte, la cooperación internacional no es ajena a una realidad explosiva en nuestros países, que ha provocado una emigración pocas veces conocida, hasta convertir a las sociedades del Norte, en lo que Juan Goytisolo ha calificado como las sociedades del miedo. Están blindando sus fronteras, están asfixiándonos en nuestra propia región y el miedo acompaña sus políticas de cooperación para intentar desmontar estas corrientes de invasión que penetran por vías clandestinas inimaginables.

Son varios entonces, los rostros que tiene este desencuentro con el otro, el habitante del Sur: por una parte, la idealización política que mira a nuestros países como escenarios en los que todavía es posible la transformación política; por otra parte, la imposición de modelos de desarrollo y de políticas públicas que apunten a aquellos problemas que más preocupan a las sociedades del Norte, particularmente, la amenaza de la pobreza golpeando sus fronteras; la desconfianza frente a la corrupción de nuestras élites y nuestros estados. Está también el rostro del apostolado que se trunca; del

**Cómo pueden exigir equidad,
me pregunto, países que
consagran, con sus
políticas comerciales, la
desigualdad internacional.**

condicionamiento de la cooperación al cumplimiento de ciertos deberes considerados por el Norte como asignaturas obligatorias; el rostro de la intervención de auténticos gendarmes de la ayuda humanitaria aplicándonos al pie de la letra marcos lógicos, comportamientos políticos, metas diseñadas en laboratorios sociales que, finalmente, se dan de bruces con el propio comportamiento mercantil de los países del Norte. Cómo pueden exigir equidad, me pregunto, países que consagran, con sus políticas comerciales, la desigualdad internacional. Cómo hablar de los Objetivos del Milenio, si el 30 ó 40% de lo que producimos se va en “honrar” la deuda externa. “Honrar” la deuda, qué expresión más hipócrita. Y la mayor parte de esa deuda, no está en manos de usureros anónimos a los que no podemos identificar para plantearles la nulidad de las deu-

das, no, está entre las manos de la banca multilateral que responde a las políticas de los mismos gobiernos que quieren alcanzar los Objetivos del Milenio.

Cuánta paradoja debemos soportar. Mientras tanto, las únicas reales inversiones en la gente de nuestro país vienen de las remesas de los migrantes. Ellos, con volúmenes muy superiores a las inversiones extranjeras y a la cooperación internacional, son la verdadera fuente de la cooperación solidaria. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) declaraba en el año 2001 que “el arma más eficaz para combatir la pobreza en América Latina no proviene de los gobiernos ni de la ayuda externa, sino de las remesas de los emigrantes”.

Si existió diálogo cuando vivíamos esos tiempos amables evocado por Paco Rhon, al diálogo le ha suplantado la desconfianza. Si hubo y todavía existe una cooperación solidaria encarnada en la sociedad civil del Norte y del Sur, cada vez la solidaridad se va convirtiendo en un contrato, en el que los actores del Sur cumplimos a destajo una agenda del Norte.

Recojo dos expresiones significativas de Tzvetan Todorov. Él afirma que si al interior de un país lo que cuenta es la ley, en las relaciones internacionales lo que manda es la

fuerza. Y, afirma también, que lo que cuenta en el humanismo no es la racionalidad sino la universalidad.

En efecto, el diálogo Norte-Sur iniciado hace unas tres décadas por organizaciones privadas de desarrollo, tuvo en cuenta estos dos criterios: el primero, en cuanto a las condiciones internacionales en las que podía desenvolverse la solidaridad. El segundo, en cuanto a establecer una relación que no se fundara en una cierta racionalidad, en la racionalidad de los unos. Sin embargo, en el afán por ampliar el nivel de su solidaridad, las agendas de solidaridad del Norte buscaron apoyarse en recursos de sus gobiernos que mostraban una cierta apertura. Pero la paulatina derechización de esos gobiernos les ha pasado ahora la factura, y también la cooperación privada ha ido asumiendo, poco a poco, la estrategia de la desconfianza y se encuentra atada a las exigencias de estados del Norte que cada vez creen menos en las sociedades del Sur.

La cooperación se ha ido convirtiendo en una forma de sobrevivencia económica allá y acá, y en una manera de convivencia internacional signada por un neo colonialismo solapado que aceptamos en nuestra región al margen de toda crítica. Es parte de la rutina de la convivencia internacional, a tal punto que nin-

gún país del Norte se siente miembro del primer mundo si no coopera con alguien del Sur, y ningún país del Sur quiere verse excluido de la cooperación aunque sea por el prurito de recibirla, incluso si la despilfarra, si no la utiliza, si la desvía. Algún amigo europeo ironizaba esta regla universal de comportamiento, comentando que la comunidad europea comenzará, luego de un tiempo, a transferir recursos a los nuevos miembros de la Unión, los europeos orientales, para que puedan, a su vez, cooperar con los países del Sur y ser, de ese modo, plenamente europeos.

Leo una revista de literatura francesa y allí se entrevista al autor de un nuevo tratado sobre el onanismo; el autor se remonta al siglo XIII o XIV para encontrar los orígenes de un debate que después ha traspasado el pensamiento de Montaigne, la enciclopedia de Diderot, las reflexiones éticas de Rousseau para desembocar en Michel Foucault. Y todo ese proceso aparece como un solo discurso en proceso sin interrupciones abruptas, sin rupturas. Miro en cambio los procesos de pensamiento y las eras de Occidente aplicadas en nuestros países, y todos los momentos son asumidos como incertidumbres, como irrupciones violentas, como rupturas que no alcanzan a explicarse. Si tomo un solo caso, el modo cómo en

nuestros países se constituyen los tiempos de la Ilustración, con lo que me encuentro es con un desesperado Eugenio Espejo intentando evadir la persecución para permitir la entrada de la nación ecuatoriana a una cierta modernidad, o al desventurado Francisco de Miranda asesinado en una isla vecina a Venezuela con toda su utopía desmantelada. Así llegamos a la ilustración. Así vamos occidentalizándonos dolorosamente, al margen de convergencias históricas; superpuestos los distintos momentos hasta preguntarnos si vale la pena vivir las mismas eras históricas de Occidente, con todo lo occidentales que nos sentimos y con todo lo occidental que integra nuestra híbrida cotidianidad.

Necesitamos ciencias sociales nómadas –escribe Néstor García Canclini–, ciencias sociales capaces de circular por las escaleras que comunican a los distintos estados de nuestras naciones y nuestras culturas, caóticamente sobrepuestos, confundidos, mezclados en una desordenada y desconcertante hibridación.

Ustedes esperarán que en algún momento desemboque en el título de este debate: La cooperación, balance y perspectivas. Tienen razón. Voy a intentarlo con unas pocas formulaciones todavía generales:

- Uno. La cooperación internacional, si quiere ser tal, sospecho que tiene que incluir en su política el conjunto de las relaciones entre el Norte y el Sur. Esto es algo que ya se ha planteado en más de una oportunidad y se volvió a reiterar en las reuniones que fueron la antesala del encuentro de mandatarios de Guadalajara el año pasado. Si no hay una modificación en los términos de intercambio comercial, si no hay una estrategia realista en el tratamiento de la deuda pública de nuestros países, si no hay claras políticas de integración en las que las dos regiones salgan beneficiándose, la cooperación internacional no tiene futuro. Cómo podemos, me pregunto, sentarnos en una mesa a definir la cooperación de la Unión Europea con nuestros países, si al mismo tiempo se cierran los mercados para productos nuestros como el banano.
- Dos. La cooperación bilateral, reembolsable o no reembolsable, no puede continuar colocando en las negociaciones y en los acuerdos, condicionamientos como el utilizar proveedores y tecnología del país que está cooperando. No es posible, por ejemplo, que en los acuerdos de condonación de deuda por programas sociales o productivos, se coloque como exigencia el invertir los montos condonados en proveedores del país que condona la deuda. Aquello es inmoral y no constituye una cooperación en su pleno sentido. La cooperación no puede ser una estrategia de los países del Norte para enfrentar sus problemas de empleo por medio del voluntariado o de la cooperación técnica, ni puede tampoco solucionar crisis de su producción a través de endeudarnos o de cooperar. Recordemos el ya emblemático caso de la deuda contraída por el Ecuador con Noruega, que la estamos pagando multiplicadamente y que, en su origen, no fue más que una estrategia del gobierno noruego por dar una salida a la catástrofe que vivían sus armadores navieros.
- Tres. La cooperación ha desarrollado un complicadísimo sistema de aplicación de sus programas,

La cooperación internacional oficial está lejos de alcanzar los niveles que los propios países, en un gesto demagógico, se pusieron como metas.

con toda una parafernalia imaginada por sus tecnócratas, que obliga, particularmente, a las organizaciones de la sociedad civil, a invertir importantes recursos humanos en desentrañar verdaderos mamotretos de papeles; y que no tienen, en el fondo, otro objetivo que evidenciar una cooperación sustentada en la desconfianza. Si a eso sumamos, por ejemplo, en el caso europeo, que es una cooperación dispersa, sin articulación alguna, las organizaciones de nuestros países se pasan el tiempo haciendo complicados informes para cada una de las entidades oficiales donantes, cuando estas donaciones no incluyen voluminosas remuneraciones a funcionarios de los países donantes o prestamistas, con cargo a los presupuestos de los propios programas.

- Cuatro. La cooperación internacional oficial está lejos de alcanzar los niveles que los propios países, en un gesto demagógico, se pusieron como metas. Tal es el caso del famoso aporte del 0.7% del Producto Interno Bruto (PIB) que debía dedicarse a la cooperación y que no se cumple en ninguno de los países europeos. Existen cifras que hablan de que la cooperación de los países europeos llega apenas al 0.3%. Cuando no aparece algún

ministro de cooperación de extrema derecha, como ocurrió hace unos años en Holanda, que cargó a la cuenta de la cooperación internacional los gastos militares para intervenir en conflictos armados en países del Sur.

- Cinco. Existe un desencuentro entre las políticas de la cooperación internacional y las políticas o la ausencia de políticas a nivel nacional. Esto, en el caso ecuatoriano, es un callejón sin salida. Luego de sucesivos fracasos en impulsar programas desde las cooperaciones, la cooperación internacional está optando por lo que ha llamado un alineamiento de sus acciones con las políticas nacionales, de modo de evitar que los programas financiados desde afuera duren mientras duran los recursos externos. Sin embargo, podríamos preguntarnos, con qué políticas nacionales puede alinearse una cooperación que comienza a diseñar un programa en un gobierno, continúa diseñándolo en otro gobierno, para finalmente aplicarlo en un tercer período de gobierno. Tal vez aquello está determinando que buena parte de la cooperación se dirija a la reforma y fortalecimiento del aparato estatal, como necesario para asegurar el destino de los programas de la cooperación.

De allí que, en una reciente investigación, hayamos identificado 103 proyectos de cooperación dirigidos a la reforma del estado y la descentralización, en los últimos seis años. Sin embargo, nos preguntamos si los intentos por reformar o reforzar las operaciones de los organismos del estado pueden tener un resultado, cuando hay problemas estructurales profundos que afectan al sistema político, a la democracia, al funcionamiento del estado. ¿Puede, nos preguntamos, una búsqueda funcional de mayor gobernabilidad, ocurrir en el marco de una sociedad patrimonialista, cuya inestabilidad política tiene relación con los niveles concentradores de la riqueza y de los beneficios de la sociedad en todos los sentidos?

- Seis. La cooperación internacional va a continuar siendo lo que es. Un esfuerzo civilizatorio que se traduce en términos aparentemente pragmáticos, como aquello de superar la pobreza, fortalecer la democracia, garantizar los derechos humanos. Me parece inútil debatir la naturaleza de estos objetivos. Pero en función de su perspectiva, me atrevería a hacerme una pregunta inútil: ¿será posible que la cooperación internacional convierta en actos, un principio bas-

tante abstracto, el principio de la alteridad, del diálogo entre iguales? Y la alteridad, nos dice Tzvetan Todorov es la aceptación del otro sin que medien juicios de valor.

Aquello pasa, necesariamente, por la superación de algunos comportamientos profundos de los países que se asumen como los gestores de la modernidad, como los tutores del progreso. Y se trata de comportamientos que responden a una larga historia, difícil de superar, y que tienen que ver con un universo de subjetividades, de complejos ancestrales, de lecturas equívocas de la historia de la humanidad y de lecturas del humanismo. Günter Grass, ese extraordinario crítico del pensamiento dominante europeo, cuenta en uno de sus artículos que cuando llegó de visita al estado indio de Bengala, tropezó varias veces con ejemplares de sillas de estilo colonial, remanentes de la dominación inglesa, que invitaban a disfrutar de una arrogante comodidad. “Yo me sentaba en ellas en una determinada postura –escribe Gunter Grass- y enseguida me sentía europeo, es decir, superior, y, por pura costumbre, un poco culpable”.

¿Es finalmente la cooperación un acto fallido de culpabilidad y de deseo de borrar la culpa?

¿No será, acaso, que la cooperación internacional sigue fiel a aquél viejo principio de asimilación, expresado por Condorcet en la Europa de las luces, que sostenía que todos los hombres tienen los mismos derechos, entre los cuales está el de ser civilizados, y dado que los franceses y los ingleses son los pueblos más civilizados de la Tierra, tienen el derecho, e incluso el deber, de llevar la civilización a los salvajes?

Pienso, para concluir, que tal vez (y subrayo ese tal vez) la primera obligación de la cooperación internacional es dudar de sí misma, abandonar las certezas y abrir un diálogo franco. Pienso también, que sentar-

nos a ese diálogo franco es, a su vez, un reto enorme para una tecnocracia criolla ligada a la cooperación, ya sea oficial o privada, y habituada a asegurarse su sobrevivencia asumiendo ese pobrísimo papel de ejecutores de los “deberes civilizatorios” de la cooperación. Y aquí llego al testimonio personal. Yo he estado ligado a los programas de cooperación privada durante las dos últimas décadas. Me pregunto, entonces ¿soy capaz de sentarme a la mesa del diálogo con las manos libres?

Me parece que estamos, por tanto, hablando entre cómplices que necesitan transparentarse.